

SALVAR LA NACIÓN. INTELLECTUALES, CULTURA Y POLÍTICA
EN LOS AÑOS VEINTE LATINOAMERICANOS; de Patricia Funes,
Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006.

Gerardo Caetano

Universidad de la República, Uruguay

El giro de época que vivimos desde ya hace unas décadas también ha transformado las formas de hacer Historia. Una disciplina desde ese porte milenario, que busca producir conocimiento crítico sobre el pasado con las preguntas e hipótesis que le resultan disponibles al historiador desde su presente, no podía menos que conmoverse –como tantos otros oficios– de cara a los profundos procesos de cambio vividos en los más diversos planos del quehacer humano. Sin embargo, como también suele ocurrir, las disciplinas científicas no siempre anticipan o al menos se acompañan a las transformaciones históricas. Antes bien, en tiempos de cambio agudo, a menudo aparecen los inefables «guardianes de la ortodoxia», esas figuras que frente a la exigencia ineludible de la innovación responden con intentos patéticos de «administración de legitimidad» y/o de «autoridad» dentro del oficio, desalentando lo nuevo y aferrándose a los viejos dogmas y «hegemonías», como forma inocultable de mantener su poder desafiado. En radical contraposición contra esa postura «intelectual», Patricia Funes en su último libro nos ofrece una prueba genuina de innovación, uniendo las mejores tradiciones del oficio (el apego a la documentación más variada y exhaustiva, el rigor de su crítica, la

teorización pertinente y operativa) con la necesidad imperiosa de transitar nuevos caminos (en la redefinición de categorías complejas como la de los intelectuales, en el diseño audaz y persuasivo de una investigación ambiciosa que cruza ámbitos regionales con problemas y asuntos), eludiendo el camino perezoso –y cada vez menos útil– de reiterar la vía tantas veces recorrida de hacer «historia de las ideas» por países o por biografías intelectuales en forma restringida.

No cabe duda que se trata de un libro –adaptación y síntesis de una tesis de doctorado realizada en la Universidad Nacional de La Plata a lo largo de un extenso período– con un objeto de estudio muy ambicioso, a veces casi hasta la desmesura. Sin embargo, la autora presentaba credenciales para hacerlo. Investigadora del CONICET con sede en el Instituto Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, docente de cursos de grado y de posgrado en Argentina y en el exterior, directora de varios programas de investigación sobre historia de Latinoamérica en el siglo XX, actualmente Coordinadora Académica del Área de Archivo y Centro de Documentación de la Comisión Provincial por la Memoria (con sede en La Plata, provincia de Buenos Aires), Patricia Funes es sin duda

una de las mayores especialistas en historia latinoamericana del siglo XX en la región. Asimismo, como lo prueban muchas de sus publicaciones anteriores, durante casi dos décadas ha venido trabajando de forma particular el tema de los intelectuales, su debate de ideas y la siempre desafiante «cuestión» de la nación, lo que le otorga una vasta acumulación sobre la problemática y el período abordados. En ese marco, su tesis de doctorado, convertida ahora en forma adecuada en libro (lo que no siempre sucede, para padecimiento de los lectores de amplio espectro), supone una primera gran síntesis, no por cierto la culminación (se trata de una historia que proyecta muchos horizontes para futuras exploraciones que no deberían desatenderse), de una trayectoria de investigación fértil y rigurosa.

Como lo señala la autora, el objeto de estudio central de la investigación apuntaba a «analizar la reflexión acerca de la nación entre los intelectuales latinoamericanos en la década de 1920». Ese foco propone en primer lugar recortar una entidad propia e intransferible a los años veinte, «años de tránsito, de ideas nómades, hermafroditas», «década inconformista» en la que «todo está como por ser o despidiéndose de lo que era», que «deja atrás el largo siglo XIX» e «inicia el siglo XX», por lo que buena parte de sus debates, rupturas y búsquedas adquieren «un carácter coloidal, (...) fundacional de muchas tradiciones intelectuales, culturales y políticas del

siglo XX latinoamericano». Este otorgamiento de una identidad propia a la década de los 20 aparece confirmada a lo largo de toda la obra, a partir de la implementación de esa metodología original que cruza de manera fundamental –aunque no excluyente, pues en más de una ocasión se alude a intelectuales de otras procedencias– las posturas de autores fundamentales de tres países (Perú, México y Argentina) en relación a «cinco problemas» que contienen muy bien «el menú de temas del banquete de los intelectuales» en relación a sus interpretaciones acerca del «problema» de la nación. Pero además, la obra cuenta en su «Primera Parte» con varios capítulos que profundizan aún más la persuasividad de ese punto de partida, en especial el realmente brillante y esclarecedor titulado «Los años veinte. Diálogos entre la vieja Europa y la joven América», que configura una magnífica pintura sobre la singularidad de los twenties en Occidente.

Esta metodología que busca trascender los abordajes propiamente nacionales en los debates de los intelectuales sobre la nación y sus «asuntos» resulta un auténtico aporte sobre una nueva manera de hacer «historia de las ideas» y aún más en general, de hacer «historia latinoamericana». Se trata, como señala la propia autora, de confrontar la sobrevivencia de ese «sello solipsista, endógeno y ufanista» (en relación a una típica forma de caracterización del nacionalismo exacerbado en Brasil) de

esos discursos «cerradamente nacionalistas» que tanto han influido en la construcción de nuestros imaginarios nacionales en América Latina. La «invitación» de este libro es bien otra, mucho más interesante y fundada: «una forma de contrarrestar esos «patrimonios» –nos dice Funes en otro pasaje– es poner en diálogo más las ideas que las fronteras, quizás más «matrimoniales» que patrimoniales». Este diseño original del conjunto de la investigación se ve enriquecido, asimismo, por el abordaje profundo que la autora hace sobre la siempre «elusiva» caracterización de los «intelectuales», la que si bien aparece aplicada a lo largo de toda la obra, se analiza en particular en el capítulo titulado «Los ulises criollos. Entre la «ciudad letrada» y las vanguardias». Allí Funes avanza definiciones, realiza deslindes teóricos, justifica y clasifica el elenco de los intelectuales trabajados, registra con pulcritud los propios debates de los veinte acerca del tema, sin por ello perder de vista el «carácter germinal» y el «lugar fronterizo» de la propia figura del «intelectual» en el paisaje cultural y político de la época.

¿Cuáles son los cinco «problemas» elegidos que estructuran la obra a los efectos de posibilitar el diálogo y la interpelación entre los intelectuales cuya obra se analiza, y las interpretaciones de la nación en la década de los 20? Funes no sólo enuncia esos problemas sino que inicia cada sección con una «proposición» a modo de «hoja

de ruta» de la indagación siguiente. La primera proposición refiere a las relaciones entre nación, crisis y modernidad, esta última abordada desde sus dos tradiciones clásicas, una idiosincrática y la otra constructivista. La segunda proposición aborda «las formas de incorporación del «otro» antes excluido de la nación». La tercera proposición pone como centro el antiimperialismo de la primera posguerra, en tanto eje privilegiado de debate a propósito de destinos y estrategias para esa «Iberoamérica» agitada de la época. La cuarta proposición analiza la reflexión sobre la lengua y la literatura nacionales como prisma especialmente revelador de los sentidos conferidos a la idea de nación (abarcando desde las polémicas entonces usuales en torno del idioma hasta la eterna discusión sobre el «canon literario», entre otros tópicos). Finalmente, la quinta proposición estudia las ideologías políticas, en un contexto de época en que los síntomas de agotamiento del «orden oligárquico» se articulan con profundas revisiones sobre temas cruciales como el de las relaciones entre Estado y sociedad civil, la definición de los valores republicanos, la democracia, la revolución, el socialismo, el/los nacionalismos, los indigenismos (tan actuales), en una encrucijada histórica en que la construcción de la nación se entrelaza en forma casi ineludible con la búsqueda de principios de legitimidad alternativos. Un vínculo muy consistente entre los problemas

identificados como ejes interpelantes y las proposiciones ordenadoras del debate intelectual sobre la nación en la época, afirman un eje vertebrador muy sólido del conjunto de la investigación, lo que le otorga a la obra una solidez y una claridad interpretativa muy fuerte, desde el soporte omnipresente de un relevamiento heurístico y bibliográfico de una exhaustividad indiscutible. Todo ello, sumado a la muy buena pluma que la autora revela a lo largo de todo el texto, dotan a la obra de un interés que no decae (pese a lo extensión del libro) y de una persuasividad interpretativa muy lograda.

En el marco de este abordaje gigantesco, tan ambicioso, como decíamos, en sus objetivos como en la hondura de las interpelaciones planteadas, la lectura minuciosa y atenta de la obra permite al lector el registro de hallazgos tan formidables como inesperados. La aprobación por parte del Senado mexicano el 22 de septiembre de 1927 de un proyecto de ley para invitar a los gobiernos de la región a «establecer una ciudadanía latinoamericana, con los mismos derechos y deberes de los países de origen», o los laberintos de las múltiples formas de «panteísmo político» y de intentos de constitución de «religiones civiles» muy presentes en la época, en las que se buscaba una «sacralización» alternativa de propuestas políticas (revolucionarias o reaccionarias), son sólo pequeños ejemplos de una cantera de descubrimientos

que esperan el encuentro con el lector. La lista de los intelectuales, cuya vida y obra se trabaja con minuciosidad y rigurosidad (Víctor A. Belaúnde, Jorge Luis Borges, Manuel Gálvez, Manuel Gamio, Francisco García Calderón, Manuel González Prada, Víctor Raúl Haya de la Torre, Pedro Henríquez Ureña, José Ingenieros, Vicente Lombardo Toledano, Leopoldo Lugones, José Carlos Mariátegui, Andrés Molina Enríquez, Alfonso Reyes, José E. Rodó, Ricardo Rojas, Luis Alberto Sánchez, Manuel Ugarte, Luis Valcárcel, José Vasconcelos, Alberto Zum Felde, entre otros muchos), resulta en verdad impresionante. De la consistencia de su abordaje dan cuenta acabada las referencias finales sobre las fuentes consultadas, así como la muy amplia bibliografía tanto historiográfica, filosófica como teórica.

Se trata, en suma, de una obra que historiza problemas pero con densidad y profundidad historiográficas, que en forma simultánea expresa auténtica vocación interdisciplinaria y un bagaje cultural muy sólidos por parte de la autora, todo lo que sin duda aporta y mucho para el mejor aprovechamiento del lector. En efecto, pese a su porte tanto extenso como intenso, como dijimos, este libro merece lecturas en verdad exigentes y tan rigurosas y atentas como ha sido el trabajo de la autora. Configura un espejo muy rendidor no sólo para el cotejo de los casos de autores y espacios nacionales abordados, sino también para la interpelación de otras trayectorias de

la época y del proceso histórico de Latinoamérica durante el período reseñado. Por todo esto es de esperar que esta obra pueda ser conocida y difundida como se merece en todo el continente y no quede prisionera, como suele ocurrir casi siempre, de las debilidades de nuestra integración editorial o restringida a redes o circuitos de especialistas. Esta obra, además de su carácter no sólo original sino en buena medida inédito, acerca de cómo construir una nueva «historia latinoamericana» en referencia a problemas y procesos, y no balcanizada desde la mera agregación de enfoques nacionales (cuando no nacionalistas), desde «simulacros» de comparación o desde visiones «holísticas» ensayistas y poco rigurosas, merece conocerse más allá de la Argentina, o de Perú y México, que son los otros «casos» nacionales abordados. Ello importa incluso trascendiendo el campo de la interpretación histórica estricto sensu, pues, como señala la autora en el capítulo final del libro, en la década de los veinte se comienzan a roturar culturas y escenarios que matricularían en gran medida las trayectorias posteriores (incluso contemporáneas) de no pocos actores latinoamericanos del siglo XX.

Como bien señala Funes en el párrafo final del libro: «La pretensión de la representación total y holística de la nación inaugura formas «frentistas», corporativas y movimientistas que arraigaron fuertemente en las culturas políticas de la región. Una nación que se revela más abarcativa, más ampliada, no así más democrática ni más plural. Quien impusiera «sus» significados de la nación se haría de un plus de legitimidad política de la mayor importancia. Por eso consideramos fundacional la discusión intelectual sobre la nación en la década de 1920, en la que esos significados se tramitan prioritariamente en el campo cultural e ideológico y, recién hacia finales de la misma, se objetivan políticamente». Bien lejos de toda forma de historicismo, ¿es que acaso se puede retacear la persuasividad de ese «espejo» para entender varios de los procesos históricos que se sucedieron con posterioridad en la América Latina del siglo XX? ¿Es que acaso esas y otras proposiciones del libro de Patricia Funes no pueden interpelar genuinamente trayectorias y comportamientos contemporáneos que se despliegan hoy mismo en nuestro continente?